



Cartas desde el algarrobo

Cartas desde el algarrobo

Ever Patiño

Instituto Tecnológico Metropolitano, Medellín, Colombia.
everpatino@itm.edu.co

RAD.crbqt.2024.1.307

Medellín, 4 de febrero de 1977

H

ola, ma. ¿Recuerdas cuando yo era pequeño que podía identificar el olor hasta de las hormigas?. Pues bien,

en Medellín, hay olores diferentes a la finca, no sé si mejores o peores, solo diferentes. No logro acostumbrarme al olor a humo de los buses, pero los laureles que rodean la UPB desprenden una fragancia leve, en algunas horas del día, que me hacen sentir tranquilo. Pero no te imaginas, ma, como se enciende mi cabeza cuando llego a la universidad. Es como si mi cabeza no pudiera procesar tanta información: huele a trementina, cigarrillo, café, tierra, paño y cedro. Cuando vamos al laboratorio de fotografía, los químicos para revelar me entran como una ráfaga, son tan penetrantes que hasta los puedo saborear. Las clases por las mañanas son difíciles para un hipersensible como yo: algunos compañeros no se bañan, entonces se mezcla el olor de sudor, el de la cobija, el pachulí de los aseados con el tabaco y los humos de otras hierbas de la noche anterior. Para acabar de ajustar, en el centro de la facultad hay un algarrobo.

En serio, ma: un gran y bello algarrobo con su característico olor a pecueca, en toda la mitad de mi centro del saber.

Algunos días me pregunto si estudiar diseño es lo mío. Sí, yo sé que dibujo bien, pero parece que mi habilidad no es suficiente. Llego con mis trabajos y me estrello contra un muro de justificaciones y textos incomprensibles. Acá no soy especial, ni siquiera peculiar o extraño, un poco raro tal vez. La habilidad expresiva la tienen muchos de mis compañeros, así que de pronto no soy tan bueno. O ¿crees que estaré divagando en mis inseguridades? El hecho es que siento un vacío en todas mis clases, y en la clase de Dibujo, en la que debería sobresalir, soy otro del montón, y la habilidad del profe Luis, ni te imaginas. Creo que no llegaré a su nivel.

Precisamente de él te quería hablar. De Luis, su nombre completo es Luis Alfonso Ramírez Arango, y tendrá unos 24 años. Es un hombre de contextura delgada que contrasta con la gruesa y profunda intensidad de su voz. Es amable, pero frío en su trato. Es lento en su andar, pero tiene una cadencia y una seguridad que se le reconoce desde lejos. La mayoría de las veces viste jeans de corte recto, camisas de colores fríos que lleva siempre por dentro, y unas sencillas correas y zapatos oscuros.

Pues bien, tú te maravillabas de la forma como yo retrataba lo que veía –muy difícil saber qué opinaba mi papá, puesto que cuando lo veíamos solo hablaba de lo mal que está el país–, de la similitud, precisión y sobre todo pasión con el que recreaba los paisajes y las personas de la finca. Pero no te imaginas, ma, lo que

es capaz de hacer Luis. Él hace que el lápiz y el pincel se deslicen tranquila y finamente por el papel y, sin mayores pretensiones que enseñar, logra asombrarnos cada vez.

Medellín, 13 de agosto de 1977

¿Cómo va todo en la finca? ¿Siguieron con problemas con las plataneras? Espero que Jairito no esté de muy mal humor.

Sí, yo sé que no te gusta que llame a mi papá por su nombre y mucho menos en diminutivo, pero déjame que lo disfrutemos en nuestra intimidad. Obvio, nunca se lo diré verbalmente, pero decirlo de esa forma me hace sentir importante, como supongo se siente él dirigiendo y gritando de manera obtusa y mezquina a los jornaleros. Obedecer, obedecer y obedecer. Claro, obedecerlo a él, obedecer el conservadurismo recalcitrante de él y de los suyos.

Ayer salí del apartamento de mi tía, iba afanado para clase de las 8:00 a. m. Me había quedado hasta tarde en el balcón dibujando los árboles, los apartamentos, vigas gruesas que los sostienen, y las personas que se sientan a conversar en la plazoleta de la Nueva Villa de Aburrá. Al salir del edificio, me encontré con Luis. Él también iba camino a la Universidad, pero no afanado como yo. Creo que en los meses que lo he conocido nunca lo he visto apresurado. También vive con su familia en "La Villa", así es como le dicen todos.

Nos fuimos caminando para la Universidad, yo por vergüenza no le quise decir que iba tarde, además conversar con él siempre es muy agradable. Aunque, evidentemente, es muy

modesto y parece que le cuesta mucho hablar de él. Me contó que, cuando estaba terminando de estudiar Arquitectura, se ganó un Salón de Arte Joven. Cosa que no me extraña, porque desde que lo conocí, en el primer semestre, me asombró la habilidad y el manejo técnico que tiene con la acuarela. Deslizar la gota con el pincel, de una manera armónica y controlada, es difícil, y él lo hace ver muy fácil y natural. Además, no es solo su capacidad técnica, sino lo que logra transmitir lo que proyecta con las ondas, las gotas y las manchas que dibuja.

Es paradójico que cuando creo que lo estoy alcanzando, encuentro que hay muchas capas en su trabajo, y estoy cada vez más alejado. Es extraño, pero no por eso menos real: entre más me acerco, más me alejo. Algunos amigos me dicen que ya me está entrando el diseño, cuando hablo de este tipo de cosas, pero sé que tú me entiendes. Yo, al contrario, no creo que me esté entrando al diseño, sino el arte y la naturaleza. El significado de las cosas me conmueve, creo que es un pensamiento más del arte que del diseño. Pero ¿qué voy a saber yo?

**Medellín,
4 de marzo
de 1978**

Hola, mamá hermosa, ¿cómo está tu vida? ¿Cómo están tus flores? ¿Cómo está tu corazón? Disfruté mucho de mi tiempo contigo en Navidad, tú me reconfortas y me llenas de cariño y ternura. Pero creo que ahora estoy encontrando mi lugar en Medellín, en Belén y sus antejardines, en la circularidad de las calles de Laureles que me

va envolviendo en papel periódico y me hacen madurar obligado, cual aguacate antes del almuerzo. Me falta mucho por recorrer, pero me estoy tomando mi tiempo. Mis amigos se vuelven más cercanos y familiares.

Este semestre tengo nuevos profesores, muchos de ellos son arquitectos y artistas de la Universidad Nacional. Se reúnen en el algarrobo a fumar y tomar tinto luego de las clases, hablan y se ríen sin parar. Me intriga mucho saber sobre qué hablan. Mis amigos y yo especulamos sobre el contenido de sus diatribas. Mis amigos creen que hablan de arte y pedagogía, pero yo creo que hablan de Héctor Lavoe con unos acentos de los Rolling Stones, de cerveza con unos tragos de aguardiente. Allí, me encuentro con Luis regularmente, me pregunta sobre mis avances en acuarela e intercambiamos apreciaciones de la técnica versus el concepto, de la obra versus el artista.

Me habló de su periodo de estudiante, de “rebeldía juvenil”, como él lo llama. Le tocó estudiar durante la movilización estudiantil del 71. En ese entonces, estudiaba en la Universidad Nacional, pero a raíz de tantos paros, y viendo que el ritmo académico se estaba ralentizando cada vez más, decidió estudiar en la UPB. Para mi sorpresa, a sus papás no les disgustó que perdiera el tiempo que había invertido estudiando ingeniería civil. Por el contrario, a su papá, que es bien parecido al mío, le alegró que su hijo dejara de estudiar en una universidad pública, una universidad del pueblo, para ingresar a una universidad privada fundada por los conservadores antioqueños. Creo que el papá

pensaba que lo recto ganaba un adepto más, que la cristiandad lo convertiría en buen ciudadano.

Pero seguro olvidaba la autocrítica, el pensamiento autónomo y libre de Luis. El cambio de centro educativo no evitó que participara activamente en la movilización popular, donde los maestros y los estudiantes junto con el movimiento campesino y obrero sacudieron al país en busca de equidad, calidad educativa y un sinfín de reivindicaciones políticas y sociales que hoy, casi 7 años después, siguen más vivas que nunca. También me dijo que él creía que lo que pasó en Colombia era también parte del espíritu de la época, guardando una relación directa con el Mayo francés de 1968, donde los estudiantes salieron a las calles de forma espontánea en contra del capitalismo, el autoritarismo y el imperialismo reinante y dominante.

Creo que podría estudiar arte o arquitectura en la Universidad Nacional o en la Universidad de Antioquia. ¿Qué opinas?

Medellín, 4 de septiembre de 1978

Hola, ma. Disculpa por no escribirte antes. No tengo una excusa alguna que te pueda satisfacer. Pero

has estado en mis pensamientos continuamente. Los días y las noches se me pasan rápidamente, y entre la universidad, el dibujo, lavar mi ropa, divagar, vagar, amar y soñar, se me van los días. Tampoco ayuda perderme entre las curvas de mis compañeras, representadas en sus pliegues y sonrisas, y embriagarme, algunas

veces, de belleza y otras de étlico. Me gustan más las primeras que las segundas, pero ambas no faltan. En las dos borracheras encuentro sonrisas. Las segundas son más efímeras y ligeras, y las primeras me atraviesan y me llegan al alma.

Este semestre tengo nuevamente clase con Luis, y estoy realmente contento y fascinado. El curso se llama Semiótica, y en él, el profe nos habla sobre el significado de las formas. Encuentro gratificante encontrar que los significados trascienden lo que yo entendía por diseño, que le aportan al diseño lo que yo creía que era solo del arte, le regalan sentido, profundidad y proyección. Imagínate, ma, entender el porqué algo que para mí es feo y detestable, para ti pueda parecer bello y mágico. Yo, por ejemplo, no sé todavía por qué te parece lindo mi papá, pero eso es harina de otro costal, creo yo, entre otras cosas porque yo soy bien bello. ¿Cómo algo tan bello pudo salir de algo tan feo? Pregúntale a la virgen en tus oraciones, madre.

Cada semana de clase con Luis son discusiones interminables, en donde él nos motiva a pensar sobre lo que comunican los objetos que diseñamos. Además, él vincula de manera magistral lo que hemos hablado de la movilización estudiantil, de la crítica al estamento y al pensamiento conservador, a la manera como el diseño debe ser también un vehículo para la transformación social, o al menos para la reflexión. Creo que él y algunos otros profesores, al ser artistas, les imprimen a sus clases mucha creatividad, pero una creatividad con propósito, fundamento y pensamiento.

Por causa de esas clases le volví a preguntar sobre el movimiento estudiantil del 71. Me contó que, cuando estudiaba arquitectura en la UPB, hacía parte de una iniciativa que bautizaron como "El grupo de los 20". Posteriormente, para restarle valor y menospreciarlos, los que eran contrarios a sus ideas decían que el grupo de los 20 cabían en un Volkswagen. ¿Te acuerdas del carro que te gustó mucho la última vez que nos vimos? ¿Que parecía un cucarrón? Pues decían que en ese minúsculo carro cabían los pensamientos de los 20, porque eran muchas personas, pero, según ellos pocas pensaban.

Él me dijo que no era de los que pensaban, que era uno más del montón. Que los que pensaban del grupo eran sobre todo Carlos Mesa y Francisco Sanín, sus compañeros de segundo año de arquitectura, igual de beligerantes que él, con los que compartía ideas de Marx y Foucault. Pero yo estaba seguro que él era una de las mentes tras bambalinas. Y, posteriormente, en una conversación de unos profesores lo pude comprobar: él era el líder intelectual del movimiento. Su modestia no le permite autorreferenciarse. En este momento, frente al escritorio, y viendo por mi ventana, no me cabe duda de la trascendencia de sus aportes para buscar una educación de calidad y reflexionar sobre las diferentes maneras de hacer ciudadanía a partir del diseño, el arte y la arquitectura. Espero que, en un futuro, lo puedan apreciar.

Medellín, 5 de febrero de 1979

Hola, ma. Espero que yo no te haga mucha falta, pero déjame decirte que tengo ese efecto en las mujeres. Eso quisiera, la verdad es que me olvidan fácilmente.

Es posible que sea porque tengo una cara común y corriente, ni muy fea ni muy linda, ni muy redonda ni muy cuadrada, soy el promedio. Mi cabello no es ni muy claro ni muy oscuro. Me dicen que soy mestizo, mezclado, ni de allí ni de allá. Parezco inacabado. ¿Será por algo tan trivial que no permanezco? Puede ser porque, en general, las personas son triviales, ligeras. O ¿quizás estoy dolido porque me olvidaron? Es mejor ver las fallas en el prójimo y evitarlas ver en uno mismo. Pero, al final, eso mismo que veo repetidamente en los demás es el miedo que me carcome: ser insignificante y frívolo, ser ajeno a la profundidad. Palabras más palabras menos, estoy despechado...

Para acabar de ajustar, este semestre no tengo clase con Luis, y mis amigos andan distanciados. Puede que sea solo una impresión de inicio del semestre, pero hemos cambiado, yo he cambiado. Estoy recibiendo clase de cerámica con Pablo Jaramillo, un gran artista plástico y ceramista. Me gusta bastante la plasticidad del barro, me recuerda el trabajo con el dibujo. Con ningún otro material había sentido esa misma cualidad de transformación y adaptación a través de las manos.

Saliendo de una clase de cerámica me encontré con Luis, en el algarrobo. Ya no me parece tan extraño y gracioso su olor, pues, el del árbol, no el de Luis. Le aprendí a coger cariño, y

cuando el fruto no está maduro me hace falta la personalidad que le imprime al lugar. El algarrobo está rodeado por una jardinera en granito en el que he perdido mucho tiempo de mi estancia universitaria. Quisiera decir que discuto sobre el destino del mundo, pero, en general, es sobre el destino de la noche, de nuestra noche. El día que me encontré con Luis me contó sobre la Galería de la Oficina, un espacio de exposiciones artísticas donde muchos de los profes de la facultad presentan sus obras y donde él mismo ha mostrado su trabajo de pintura en acuarela. Yo sabía que muchos de mis profesores eran de formación artística, pero no sabía que ejercían la profesión de esa manera y que eran tan activos en la escena creativa de la ciudad. Eso me demuestra que, al igual que Luis, los demás profesores tienen mucho para decir, tanto dentro como fuera del aula. Eso me motiva para seguir buscando mi voz, no solo en el dibujo, sino en el diseño. ¿Qué tengo para decir? ¿Qué crees, ma?

De todas maneras, intuyo que esas ganas de tragarse el mundo no son suficientes para realmente cambiarlo. El mismo Luis me cuenta que él y varios profes quieren seguir transformando los cursos y, en general, la facultad, para que, tomando la poesía del arte, pueda acercarse más a la practicidad del diseño. Esto es importante, porque quieren que el proceso de diseño sea más metódico y estructurado, sin perder la creatividad y la intuición que tienen como fundamento en la facultad.

Medellín, 24 de agosto de 1979

Hola, mamita linda. Otra vez yo y mis diatribas. Te sigo escribiendo, porque me dijiste que te gustaba, pero sigo creyendo que es más eficiente por teléfono, claro que entiendo que la velocidad para ti no es muy importante. Acá en Medellín, el tiempo parece transcurrir a otro ritmo, con otra cadencia. Parece que el tiempo no es movido por el aire y la humedad del río como en la finca, sino por la inmediatez de los autos y los pensamientos recurrentes y afanados, o más bien afilados. Es un sentimiento brusco, tosco. En la finca, mi papá es el brusco, pero el paisaje es amable y acogedor. Acá parece que todo es caótico y descontrolado. Me cuesta a veces.

Luis me invitó a la inauguración de una exposición suya. Él me había hablado sobre la Galería de la Oficina, pero no había tenido la oportunidad de conocerla. Salí de clase este viernes y me fui con mis amigos al centro de Medellín. Nos fuimos antes del anochecer caminando por San Juan hasta llegar a la avenida Oriental, cruzamos unas cuantas cuadras y giramos hacia el oriente para subir por la avenida La Playa. La Playa es una calle muy agradable, con grandes ceibas que me recordaron nuestra tierra, tiene canalizada debajo del asfalto la quebrada Santa Elena. Resulta paradójico la idea de belleza de la actualidad, reemplazar el agua para hacer los caminos de los automóviles. Otra vez, la velocidad sobre la amabilidad. Aun así, fue agradable pasar el tiempo con mis amigos, tomando una cerveza y recibiendo el viento en nuestras caras, mientras veíamos el contraste entre las ceibas y los grandes edificios.

Luego fuimos en busca de la galería. Es una casa de una sola planta, pero cuya altura me recordó la generosidad del espacio de nuestra casa y las de nuestros vecinos. Presenta una fachada majestuosa con un enorme balcón desde el que entran los sonidos de la calle, recorriendo los corredores y patios que la atraviesan. La puerta enmarcada en el centro de la fachada se ubicaba a media altura, coronando unas escalas que dan medio giro y que permiten posarse levemente por encima del nivel de la calle.

Tras pasar el umbral de la puerta, un pequeño zaguán conduce a un patio del que se pueden ver dos enormes puertas que dan paso a un salón. El patio, convirtiéndose en corredor, continúa atravesando la casa y permitiendo entrar a todas sus habitaciones. Allí estaba exhibida la obra de Luis: unas hermosas acuarelas que brillaban sobre las paredes blancas, no solamente por la cualidad de los pigmentos propios del material, sino por la calidad del trazo y de su mancha. No se si sentí más admiración por la obra o por el artista. ¡Qué capacidad de expresión la de Luis, y qué facilidad para hacer ver su proceso sencillo y sin pretensiones!

En la galería saludé al profe, pero no hablamos mucho. Éramos muchas personas, en un espacio reducido para el volumen de individuos que recorrían, bebían y se maravillaban. Conocí de primera mano esa otra faceta de Luis, que hasta ese momento me la habían descrito y me la había imaginado, pero ahora mezclada con vino, música e intelecto resultó ser creativamente motivante e inspiradora. En la universidad, pocas veces lo había escuchado reír. Eso no significa que creía que era malhumorado, para nada. Pero allí,

en la exposición, se las ingeniaba para hacer reír con uno tras otro comentario irónico o sarcástico. No está de más decir que ese tipo de humor requiere de una agudeza mental que muy pocos tienen.

Medellín, 14 de abril de 1980

Parece que será un buen año, una nueva década, parece que algo nuevo está pasando. O, al menos, eso es lo que pienso para darme un poco de ánimo.

Ya van seis semestres, es tan poco y, a la vez, tanto lo que llevo estudiando. Estoy un poco cansado, o tal vez mucho y no quiero sonar melodramático. De todas formas, ¿qué voy a hacer cuando me gradúe? ¿Trabajar con mi papá? Dios me libre de seguir los pasos ortodoxos y anodinos de mi procreador. Ojalá el Don nunca lea estas cartas, porque puede disgustarse un poco. Volviendo a lo que me atormenta, quiero terminar de estudiar, pero no sé qué hacer cuando eso suceda. Yo sé que me dirás que vuelva a la finca, y ya veremos, pero romperé una vez más nuestros corazones, al reafirmarte que de una cosa estoy seguro: no quiero volver a vivir con mi padre. Me encanta el paisaje, pisar la tierra húmeda, disfrutar de los tragos en la alborada contigo, con el olor a maíz en forma de arepa, asado lentamente a las brasas y remojado con casi una libra de mantequilla. Pero la nostalgia se rompe con los gritos de mi padre.

A pesar de todo, me he divertido. He vuelto a la Galería de la Oficina y disfruto mucho las tertulias que se hacen dentro y fuera de ella. Solo es pasar la calle y bajo la protección de

las ceibas y, con sillas y mesas improvisadas, disfrutamos de largas conversaciones. Algunas triviales, otras existenciales, unas místicas, otras humanistas, al fin importa poco, porque al otro día escasamente recuerdo algo. Luis me ha presentado a otros artistas, que son también profesores, como Alberto Sierra, también arquitecto y fundador de la Galería la Oficina; Jhon Castles, un gran escultor y geómetra que dobla el metal de manera espectacular; y Hugo Zapata, artista plástico de la Universidad de Antioquia, que pule y le da vida a la piedra como ninguno. Algunas veces, luego de tomar unos tragos en La Playa, nos vamos para la casa de uno de ellos. La verdad, no sé exactamente de quién es la casa, pero le decimos la “Casa de los artistas”. Queda en Villa Hermosa, ¡qué fabuloso nombre! –¿por qué estos paisas estarán tan obsesionados con las villas?–. Se camina aproximadamente 30 minutos a paso de borracho, o un poco más, porque paramos en cada esquina, en la tienda de don Pacho, doña Teresa y don Pedro a recobrar fuerzas e hidratarnos –o, más bien, deshidratarnos– con una que otra cerveza. Luis me contó que, a pocas cuadras, mantuvieron encerradas de manera indigna las ideas nadaístas y vanguardistas de Gonzalo Arango, en la cárcel La Ladera.

Quizás por eso me llamó la atención visitar la casa de los artistas y encontrar personas que, así como en el nadaísmo, expresaban valores opuestos a la sociedad tradicional de Medellín. No eran necesariamente artistas antisistema como los nadaístas, pero estaban inevitablemente descontentos con lo estático y lo tradicional y lo expresaban a través del arte. La casa es, más bien, un caserón

ubicado en una pendiente muy pronunciada que, en otros tiempos, albergaba muchos hijos y la promesa de una vida bienaventurada de progreso ciudadano, y ahora resguarda ideas eléctricas, juveniles, vanguardistas y, en gran parte, revolucionarias, como lo hizo en su momento la sombrilla del nadaísmo. Al llegar allí... pues, ¿qué te digo?: una perdición, una rumba desbocada, de la que Baco necesariamente se sentiría orgulloso. Es más, creo que lo vi bailando un par de veces con Eros. Solo recuerdo que Luis se iba temprano, pues debía estar con su familia. Y mis amigos y yo, pues, amanecíamos en cualquier lugar, sobre cualquier cuerpo, tapizado o no. Espero que no te decepciones, pero prometí ser sincero y transparente contigo.

Medellín, 31 de agosto de 1980

Hola, mami, ¿cómo va todo? Se me había olvidado contarte que Luis me invitó hace algunos meses a una exposición que te hubiera encantado. Se llamaba “El arte en Antioquia y la década de los setenta”. Fue producida por su amigo Alberto Sierra, quien además fundó con Beatriz González, Rodrigo Callejas, Martha Elena Vélez, Ronny Vayda y otros artistas que te he mencionado –muchos de ellos también profesores de la UPB– el Museo de Arte Moderno de Medellín (MAMM). Beatriz González es una artista gráfica increíble que habla de la cultura popular colombiana; Rodrigo Callejas es un pintor y ceramista asombroso; Martha Elena Vélez es una artista que llena su obra de color; y Ronny Vayda, un arquitecto también de la UPB que hace unas esculturas con vidrio y metal.

En el MAMM, vi por primera vez la obra de Débora Arango. ¡Mamá! ¡Qué manera de retratar la antioqueñidad, al paisa! ¡Qué manera de representar a las mujeres que lo tienen que resistir! El profe me contó sobre la crítica directa que hacía Débora sobre las instituciones conservadoras. Con su ímpetu rebelde, contestatario y revolucionario, creo que me recordó mucho a ti, a tu manera de resistir de manera creativa y visceral las embestidas de tu marido.

Pienso que, en el proceso de estudiar diseño, también he estudiado arte. Algunas veces el equilibrio se pierde y estudio más la segunda que la primera. Cada vez me acerco, bajo la guía del profe, a dominar el trabajo de la acuarela. Luis me deja entrar a sus cursos, y me impresiona como puede explicar lo mismo que ya me ha enseñado de diferentes maneras. Pienso que, al ser un lector apasionado e incansable, le posibilita actualizar su propio discurso y, sobre todo, autocriticar sus ideas y pensamientos para mejorarlas y proyectarlas en la docencia.

En la autocrítica, también veo un reflejo de mí. Me doy duro contra el mundo, contra mi propio mundo, pues yo lo he construido. ¿Qué nos determina? ¿Nuestros pensamientos o nuestras acciones? ¿Qué piensas, ma? Mi papá me diría que me ponga a contar frijoles o plataneras para que deje de pensar en tanta bobada. Pero yo sé que tú me comprendes. Mis ideas me abruman constantemente, me siento intentando amaestrar un caballo brioso que tiene más de salvaje que mi padre. Será que, en el intento de alejarme de él, me le estoy acercando más. Por eso creo que soy más pensamiento que otra cosa. Se que tú me

dirías que estoy descubriendo el agua tibia, y que eso que llamo pensamiento, pues es el alma. A lo que yo respondería que el alma me suena al curita del pueblo, del que no quiero acordarme, porque todo lo que él significa y lo que viví en aquel colegio católico, lo metí en un cuarto de mi mente y lo quemé, para dar cabida y espacio a ideas más aportantes y amorosas.

Si tuviera esas ideas estorbando, no podría memorizar mis conversaciones con Luis. Con el profe hablamos sobre el poder y el significado de las formas de los objetos. Digo hablamos, porque estoy intentando hablar de mi mente en tercera persona. Luis, mi mente y yo hablamos sobre lo que significa, por ejemplo, tener una cruz sobre el cuello todo el día. O desde una perspectiva menos religiosa, con el objetivo de no seguirte incomodando, del significado de usar madera en el sofá de la tía, y todo lo que representa el tipo de patas que tiene. Algo que podría parecer ser frívolo y superficial, está hablando tanto de mi tía, de sus necesidades y deseos, como del diseñador y productor, las condiciones históricas, económicas, políticas y socioculturales que hicieron posible que ese objeto existiera. Eso para mí tiene mucho poder, y me alegra discutirlo con el profe.

**Medellín,
24 de enero
de 1981**

Ya estoy comenzando mi último año en la universidad, mi penúltimo semestre.

Disculpa que no fui en Navidad, pero te lo recompensaré en Semana Santa,

la pasaremos de locura entre ramos y rezos. Estoy un poco preocupado, porque creo que no sé nada, solo soy maestro en no hacer nada, en perder el tiempo, lo pierdo con mucha elegancia, eso sí. Pero de crear, nada y de pensar, tampoco. ¿Qué puedo pensar diferente? ¿Qué puedo diseñar diferente? Aunque los proyectos que hago me gustan cada vez más, y lo que planeo y ejecuto tienen cada vez más sentido, no encuentro que se diferencien mucho del trabajo de mis compañeros. No tengo una voz propia todavía, o sí propia, pero no diferente.

Las conversaciones con Luis me ayudan algunas veces a organizar mis ideas sobre lo que quiero hacer cuando me gradúe, otras veces me dejan un poco más perdido. Dentro de todo lo que hablamos, creo que estoy considerando la idea de una vida dedicada a Jesús –mentiras, que no; te imaginé sonriendo con orgullo y admiración–. Más bien, estoy considerando como profesión el ser docente, enseñar a diseñar, o más bien motivar la reflexión. Si logro que algún estudiante se autocritique como yo lo hago, me daré por bien servido. Otra vez estoy molestando, no le desearía ese mal a nadie. Me refiero más a la crítica que posibilita la construcción del pensamiento propio, pero ojalá de una manera sana y productiva.

Creo que cuando Luis encontró en la docencia una forma de vida, lo hizo para darle un sentido más profundo a la vida. ¿Existirá una responsabilidad más noble y un acto más poderoso que el de guiar procesos de aprendizaje de una manera desinteresada? ¿Qué interés oscuro puede tener un profesor en enseñar? O al menos

eso creo. Cuando hablo con Luis, él siempre me entrega todo lo que tiene, sin miramientos. Quisiera ser así algún día.

Todavía no descarto la idea de ejercer la profesión. Pero parece ser una buena idea, diseñar objetos y ayudar a las personas a construir su propio camino. El diseño me ha ayudado a abrir la mente. Encuentro gratificante observar lo que me rodea, de otra manera, las posibilidades y múltiples lecturas que ofrece el mundo, tanto las materialidades como las inmaterialidades representadas en discursos y reflexiones. Creo que, además, con el diseño puedo transformar ese mundo. Una manera es a través de los objetos que diseño, para hacer la vida un poco más fácil o, al menos, más bella. Y la otra manera es por medio de la enseñanza. Los dos son caminos que no son necesariamente rivales y distantes.

Medellín, 4 de noviembre de 1981

Hola, mami. Ya estoy a pocos días de terminar clases. No sé cuando será la graduación. ¿Si puedes venir? Sería genial que me acompañaras en tan magno evento, para luego recorrer juntos las calles de Medellín. Caminaríamos por todos los lugares que hemos transitado juntos a través de las cartas que escribí desde el algarrobo, pero ya no en letras. Haríamos un viaje a pie, donde nuestro caminar se mezcle con el paisaje en una suerte de despedida. Comeríamos, beberíamos y reiríamos juntos, de la mano, así como en todos los momentos más importantes de mi vida. Pero, esta vez, me estarías entregando al mundo. Sé que conservabas la esperanza de que, luego de mi graduación, volvería

a la casa. Pero creo que ya no es mi lugar. Tu corazón es y será mi hogar, pero esa vieja casona y lo que significa se aleja cada vez más de lo que soy. Ojalá no venga mi papá, para que no nos dañe la fiesta. Pero él no deja solas sus plataneras, gracias a dios, hay algo bueno en su obsesión.

No creas que no me da duro. Yo también estoy triste, pero quiero seguir construyendo mi camino. Sé que será arduo, difícil y traumático, pero será mío. Así como siento propio lo poco que he construido en la Facultad y en Medellín.

Parece que el deseo de ser profesor está mas cerca de volverse realidad. Es posible que el otro año comience a dar unas cuantas horas de clase en la Facultad, disfrutaré el olor del algarrobo ya no como estudiante sino como profesor. Me han dicho que puedo dar Dibujo y Semiótica. Esto es algo que me alegra, porque estaría inicialmente siguiendo los pasos del profe y, de la mano de él, creo que lo haría muy bien. Además, seguiría aprendiendo a su lado. Luis, por ejemplo, en su impulso de reflexión, está pensando en proponer una división conceptual en la Facultad, para que los cursos no se miren individualmente, sino para que se agrupen y sean los pilares que sostienen el diseño. Me ha dicho que podrían llamarse dimensiones: la dimensión estética y comunicativa del objeto, la dimensión técnica y productiva del objeto, y la dimensión funcional – operativa del objeto. Ya te lo explicaré bien cuando vengas, porque en esas ideas veo materializados muchos de sus pensamientos en torno a lo que es el diseño, y estoy muy orgulloso de él.

También estoy contento, porque otros profes, además de Luis, han visto mis avances con la pintura y me están invitando a exhibir mis obras. Ojalá todo se concrete. Sería muy feliz.

Madre mía, eso es todo por ahora. Cuando sepa la fecha de mi graduación, te la haré saber. Cuento los días y las horas para que nos volvamos a ver. No estés triste, mira que mis ansias de libertad las heredé de ti, de eso estoy seguro.

Epílogo Medellín, 17 de octubre de 1981

Si eres diseñador o estudiante de diseño de Medellín, es posible que los pensamientos y reflexiones de Luis Alfonso Ramírez también hayan influenciado tu formación, así como lo ha hecho con la mía. Probablemente, no reconozcas su nombre, pero tu profesor o el profesor de tu profesor, sí. Sobre todo, los que han discutido sobre el diseño adentro de la Facultad de Diseño Industrial de la Universidad Pontificia Bolivariana (UPB) estos últimos 40 años saben de su enorme influencia. Además, si has recorrido con minucia y delicadeza los pasillos del MAMM, es posible que hayas visto una de sus obras en las exhibiciones permanentes.

Cartas desde el algarrobo es un homenaje sentido y necesario a él. Se basa en conversaciones informales que tuve con Luis, entre el año 2012 y el 2023, siendo inicialmente su colega y, los últimos años, amigo. Antes de ese periodo, también lo conocí siendo él mi profesor, en el año 1998, y como compañero

de trabajo, desde el año 2004. Pero, en esa época, difícilmente intercambiamos palabra alguna fuera del aula de clase o de la sala de reuniones. Fue en el periodo comprendido entre el 2012 y el 2023 cuando en realidad hablábamos, inicialmente sobre investigación, biomimética y morfología y, luego, sobre la vida, sus turbaciones y alegrías. Luego de que Luis leyera el borrador de este texto, tuvimos una conversación vía Whatsapp el 17 de marzo de 2023, en el que, entre otras cosas, me dijo lo siguiente:

GRACIAS Ever (...) En cuanto a mí, me ha reconfortado haberme dedicado a la docencia... profesión malagradecida generalmente. Hoy pinto... profesión azarosa.

Agradezco profundamente a Luis por dejarme contar parte de su historia en estas cartas. Aunque su estructura sea su vida y se mencionen personajes reales de la historia artística colombiana que ayudaron a crear, junto a él, lo que es hoy el diseño en Medellín, sigue siendo una obra de ficción, en donde la libertad creativa y literaria aflora constantemente, para que, a través de un estudiante ficticio –que es un también un poco de él, un poco de mí y de ti– se perciban los aires y el espíritu de la época en que Luis comenzó como profesor novato a dar clases en la UPB, una universidad privada y católica fundada por la Arquidiócesis, en 1936.

Por último, agradezco a mi amigo Juan David Jaramillo Flórez por ayudarme a darle vida de manera elegante, como es él, a los espacios del centro de Medellín y Villa Hermosa.